

Ensayo 9

Doce coma tres seis nueve

En una ocasión mi profesor de inglés de la escuela secundaria nos puso como tarea la lectura y comentario del poema de Leigh Hunt, *Abou ben Adhem*. Es posible que ustedes lo recuerden.

Abou ben Adhem se despertó una noche de su profundo y tranquilo sueño y vio a un ángel que estaba haciendo una lista de las personas que amaban a Dios. Naturalmente, Ben Adhem le preguntó si estaba en la lista, y el ángel le dijo que no. Humildemente solicitó ser incluido como alguien que, al menos, amaba a su prójimo.

El ángel volvió a aparecer a la noche siguiente:

*«Y le mostró los nombres que el amor de Dios había bendecido
¡Y he aquí que el nombre de Ben Adhem era el primero de la lista!»*

Yo conocía el poema y me imaginaba bastante bien el curso que tomaría la discusión en grupo que el profesor había fijado para el día siguiente. Habría pequeñas homilías sobre cómo amar a Dios significa amar al género humano y viceversa. Yo estaba de acuerdo, pero pensé que sería bastante aburrido perder el tiempo dándole vueltas a una afirmación tan evidente. ¿No podría tratar de extraer un mensaje alternativo al poema, tan tristemente desprovisto de sutilezas? No pude encontrar ninguno.

Al día siguiente nuestro profesor de inglés preguntó, sonriendo bondadosamente:

A ver, ¿quién me dice la razón que el nombre de Abou ben Adhem encabezara la lista?

De repente me vino la inspiración. Levanté la mano violentamente y cuando el profesor me hizo seña que hablara, dije, sonriendo beatíficamente:

-¡Estaba en orden alfabético, señor!

La verdad es que no esperaba que se mostrara agradecido por la nueva luz que había arrojado sobre el poema de Leigh Hunt así que no me sorprendió que me señalara la puerta con el índice sin decir una palabra. Me marché (conocía bien el camino, porque en varias ocasiones anteriores había sido expulsado por mi conducta turbulenta) y la discusión continuó sin mí. Pero más tarde me enteré que Abou ben Adhem había sido eficazmente sabotado y que el profesor había pasado a otro tema, así que supongo que me apunté un tanto.

Si me aburre la falta de sutileza de Abou ben Adhem, pueden imaginarse lo que me desesperan las personas que afirman que todo el Universo es igualmente poco sutil.

Como es natural, mi desesperación es mayor cuando esta falta de sutileza es de una especie hacia la que yo mismo me siento profundamente atraído (en secreto). Por ejemplo están los

que, basándose en la existencia de alguna simple y trillada relación numérica o geométrica suponen inmediatamente que el diseño de la estructura del Universo no tiene otra utilidad que la de hacer de escaparate para estas relaciones. (Y para mi vergüenza, yo siempre me intereso por este tipo de cosas.)

Estoy seguro que la culpa de tales ingenuidades es achacable a la mística en todas las sociedades lo bastante complejas como para haber inventado la aritmética, pero los mejores ejemplos que nos han llegado de la autoridad son los que nos ofrecen los griegos.

Por ejemplo, alrededor del 525 a.C., Pitágoras de Samos tiraba de cuerdas tensadas y escuchaba las notas así producidas. Se dio cuenta que se producían combinaciones de notas que resultaban agradables al oído cuando las longitudes de las cuerdas guardaban una simple relación aritmética entre sí: 1 a 2 o 3 a 4 a 5. Quizá fuera eso lo que alimentó en él y en sus discípulos la creencia que el mundo físico estaba gobernado por relaciones numéricas, y además por relaciones numéricas sencillas.

Por supuesto, no hay duda que las relaciones numéricas son importantes en el Universo, pero, desde luego, no siempre son sencillas. Por ejemplo, un hecho que en apariencia es de una importancia fundamental es que la relación entre la masa del protón y la del electrón es de 1836,11. ¿Por qué 1836, 11? No se sabe.

Pero no podemos culpar a los pitagóricos por su desconocimiento de la física moderna. Asombrémonos más bien ante la perspicacia de un discípulo de Pitágoras llamado Filolao de Tarento. Que nosotros sepamos, fue el primer hombre en afirmar (alrededor del 480 a. C.) que la Tierra se desplazaba en el espacio.

Vamos a intentar seguir su razonamiento. Los griegos veían que el firmamento estrellado giraba alrededor de la Tierra. Pero había siete cuerpos celestes en particular: el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno, que se movían con independencia de las estrellas fijas y de los movimientos de los otros seis. Por tanto, se podría suponer que en el cielo había ocho esferas concéntricas (y transparentes) que giraban alrededor de la Tierra. La más cercana era la que tenía la Luna fijada a su superficie, la siguiente a Mercurio, luego la de Venus, luego la del Sol y luego las de Marte, Júpiter y Saturno. La octava y más alejada contenía todas las estrellas.

Filolao no se dio por satisfecho con esta explicación.

Afirmó que las ocho esferas no giraban alrededor de la Tierra, sino alrededor de un «fuego central». Este fuego central era invisible, aunque sí que era visible su reflejo, el Sol.

Además, la Tierra también estaba fijada a una esfera que giraba alrededor de este fuego central. Y, por añadidura, había otro cuerpo más, la «contratierra», que no era posible ver porque permanecía siempre al otro lado del Sol, y esa contratierra estaba fijada a otra esfera más que giraba también alrededor del fuego central.

Así que en el sistema de Filolao había en total diez esferas en revolución: las ocho de siempre, una novena para la Tierra y una décima para la contratierra.

¿Cómo se las arregló Filolao para llegar a esta conclusión? Es cierto que, dos siglos más tarde, Aristarco de Samos también afirmó que la Tierra se movía, pero según él, lo hacía alrededor del Sol. En su época esto fue considerado absurdo, pero por lo menos Aristarco utilizó para su explicación los cuerpos celestes perceptibles por los sentidos. ¿Por qué inventó Filolao un fuego central y una contratierra invisibles? La respuesta probablemente esté en el número de esferas. Si la Tierra girara alrededor del Sol, habría que añadir una esfera para la Tierra, pero que eliminar otra, porque el Sol estaría inmóvil, con lo que el número total de esferas seguiría siendo ocho. En cambio, si se consideraba que tanto la Tierra como el Sol se mueven alrededor de un centro invisible y se añadía una contratierra, habría diez esferas.

¿Y por qué diez esferas? Bien, los pitagóricos creían que el diez era un número particularmente satisfactorio porque $1 + 2 + 3 + 4 = 10$, lo cual se prestaba a unos complicados razonamientos, cuya conclusión es que diez es un número perfecto. Por tanto, si mantenemos que el Universo es perfecto y que este concepto de perfección tiene que corresponderse con el de los pitagóricos, y si además se da por sentado que la única razón de la existencia del Universo es la de manifestar esa perfección, entonces tiene que haber diez esferas en total (aunque haya que mantener dos de estas esferas en secreto por alguna oscura razón).

Por desgracia, el problema de todos estos argumentos irrefutables basados en las propiedades místicas de los números es que no hay dos personas que se pongan de acuerdo para creer en la misma mística. La idea pitagórica fue desechada y los astrónomos se conformaron con ocho esferas. En realidad, como la esfera de las estrellas no tenía otro papel que el de ser un simple telón de fondo, el número mágico pasó a ser el siete. Pero las discusiones acerca de la estructura del Universo, basándose en la simple aritmética (y en cosas peores), no se acabaron ni mucho menos con los griegos.

En 1610 Galileo descubrió con ayuda del telescopio que Júpiter tenía cuatro cuerpos más pequeños que giraban a su alrededor. Por tanto, había once cuerpos celestes (sin contar las estrellas fijas) que giraban alrededor de la Tierra, según la antigua concepción griega; once cuerpos girando alrededor del Sol, según el recién formulado sistema copernicano. Este nuevo descubrimiento se encontró con una gran oposición, y los argumentos utilizados en su contra por uno de sus adversarios ocupan un lugar de honor en los anales de la locura humana.

Este instruido sabio afirmaba que no era necesario mirar por el telescopio. Era imposible que los cuerpos recién descubiertos estuvieran allí ya que sólo podía haber siete cuerpos girando

alrededor de la Tierra (o del Sol), ni uno más. Si se veían otros cuerpos, esto se debía seguramente a algún defecto del telescopio, pues era imposible que estuvieran allí.

¿Y cómo se podía estar tan seguro que era imposible que estuvieran allí? ¡Muy fácil! De la misma manera que en la cabeza hay siete aberturas, dos ojos, dos orejas, dos agujeros de la nariz y una boca, en el cielo ha de haber siete cuerpos planetarios.

Así, por lo visto era necesario ordenar todo el Universo para que en el cielo se guardara una especie de registro permanente del número de aberturas de la cabeza humana.

Como si Dios necesitara «chuletas» que le permitieran acordarse de este número para no crear al hombre con un número de aberturas incorrecto. (Si esto les parece blasfemo, lo lamento, porque no es esa mi intención. La blasfemia es la de aquellos hombres del pasado y del presente que intentan hacer de Dios una especie de niño de pecho que juega con bloques de madera.)

Este tipo de locuras tardan en desaparecer. En realidad, no desaparecen nunca.

Los astrónomos, una vez que aceptaron la idea copernicana que los cuerpos celestes giran alrededor del Sol y no alrededor de la Tierra, distinguieron dos tipos de cuerpos celestes en el Sistema Solar.

Había cuerpos que giraban directamente alrededor del Sol: los planetas, de los que seis eran conocidos en 1655: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno.

Había otros cuerpos que no giraban directamente alrededor del Sol, sino alrededor de alguno de los planetas. Eran los satélites, de los que cinco eran conocidos en la época: nuestra Luna y los cuatro satélites de Júpiter descubiertos por Galileo (Io, Europa, Ganímedes y Calixto).

Pero en 1655 el astrónomo holandés Christian Huygens descubrió un satélite de Saturno al que llamó Titán. Por tanto, el Sistema Solar estaba formado por seis planetas y seis satélites. Huygens era un gran científico y una gran figura de la historia de la astronomía y de la física, pero no era totalmente insensible a la simetría de seis y seis.

Proclamó que el Sistema Solar estaba completo; no quedaban más cuerpos por descubrir.

Por desgracia, en 1671 el astrónomo ítalo francés Giovanni D. Cassini descubrió otro satélite de Saturno, dando al traste con la simetría. Y Huygens todavía vivía; en realidad, seguía viviendo cuando Cassini descubrió tres satélites más de Saturno.

Después vino Johann Kepler, que no se contentaba con calcular el número de cuerpos celestes basándose en la simple aritmética. Él fue más allá e intentó calcular la relación existente entre las distancias de esos cuerpos al Sol mediante simples relaciones geométricas.

Existen cinco y sólo cinco sólidos regulares (cuerpos sólidos con todas las caras y todos los ángulos iguales, como en el caso del cubo, por ejemplo, que es el más conocido de los cinco).

¿Por qué no seguir entonces el siguiente razonamiento?

Los sólidos regulares son perfectos, igual que el Universo.

Sólo hay cinco sólidos regulares; como hay seis planetas, sólo hay cinco espacios interplanetarios.

Por tanto, Kepler intentó insertar los cinco sólidos regulares de tal manera que los seis planetas recorrieran sus límites guardando una adecuada relación de distancias.

Kepler se pasó mucho tiempo tratando de ajustar estos sólidos, pero fracasó. (La prueba concluyente que Kepler no era en absoluto un chiflado es que tras su fracaso se olvidó rápidamente de la idea.)

No obstante, en la última semana de 1966 descubrí algo acerca de Kepler que no había sabido hasta entonces.

Estaba en una reunión de la Sociedad Americana para el Progreso de la Ciencia, escuchando algunas disertaciones sobre la historia de la astronomía. En una de estas disertaciones, particularmente interesante, se afirmaba que, en opinión de Kepler, el año tendría que tener sólo 360 días. La Tierra giraba más deprisa de lo debido, y esa era la razón que hubiera 365 días y $\frac{1}{4}$ en el año. (Si cada día tuviera 24 horas y 21 minutos, el año sólo tendría 360 días.)

Kepler opinaba que la rotación acelerada de la Tierra ejercía algún tipo de influencia sobre la Luna, obligándola a girar un poco más deprisa de lo normal alrededor de la Tierra. Es evidente que la Luna debería de completar una vuelta alrededor de la Tierra en $\frac{1}{12}$ exacto de año, es decir, unos $30\frac{2}{5}$ días; en lugar de eso, sólo emplea $29\frac{1}{2}$ días en cada revolución.

Sería de lo más práctico que la Tierra completara una vuelta alrededor del Sol en 360 días de $24\frac{1}{3}$ cada uno (como es natural, se alargarían ligeramente las horas y sus subdivisiones para que el día, ligeramente más largo, tuviera exactamente 24 horas).

Después de todo, 360 es un número muy complaciente: es múltiplo de 2, 3, 4, 5, 6, 8, 9, 10, 12, 15, 18, 20, 24, 30, 36, 40, 45, 60, 72, 90, 120 y 180.

Es el único número de esa magnitud aproximada que es múltiplo de tantos otros.

Y si cada mes lunar tuviera 30 días de poco más de 24 horas cada uno, habría exactamente 12 meses lunares en un año. El número 12 es múltiplo de 2, 3, 4 y 6, y el 30 es múltiplo de 2, 3, 5, 6, 10 y 15.

No se trata de una simple cuestión de trucos numéricos.

Si cada mes lunar tuviera 30 días y cada año tuviera 12 meses lunares, sería posible diseñar un calendario hermosamente simple.

¿Y qué es lo que tenemos en cambio? Aproximadamente $29 \frac{1}{2}$ días por mes lunar, aproximadamente $365 \frac{1}{4}$ días al año y aproximadamente $123 \frac{8}{8}$ meses lunares al año. ¿Y cuál es el resultado de este enorme fárrago de fracciones?

Casi cinco mil años de buscarle las vueltas al calendario, para acabar teniendo uno que sigue siendo poco práctico.

Es posible que mis pensamientos no hubieran ido más lejos, pero el conferenciante de la reunión de la Sociedad Americana para el Progreso de la Ciencia dio el número de meses lunares que hay en un año en forma decimal y no en fracción. Dijo: «En lugar de doce meses lunares al año, hay 12,369»¹.

Inmediatamente alcé las cejas asombrado. ¿De veras?

¿Es cierto que hay 12,369 meses lunares en el año? Empecé a encajar unas ideas con otras y cuando acabó la conferencia levanté la mano para hacer una pregunta. Quería saber si Kepler había intentado deducir determinada conclusión, muy sencilla, a partir de esta cifra. No, dijo el conferenciante, es algo que podría haber hecho, pero no fue así.

¡Estupendo! ¡Estupendo! Eso me dejaba las manos libres; podía permitirme un poco de misticismo de mi propia cosecha. Después de todo, todo el mundo sabe que estoy enamorado de los números, y no tendría ninguna dificultad en configurar un diseño del Universo que me diera ocasión de exhibir mis conocimientos de aritmética básica. Es más, da la casualidad que la Biblia es uno de los temas que me interesan, así que me pregunté por qué no podría demostrar la relación entre el diseño del Universo y ciertas estadísticas elementales en relación con la Biblia.

(No soy el primero en intentar algo parecido. Isaac Newton era un incansable estudioso de la Biblia, cuyos estudios no dieron ningún fruto digno de mención, y el matemático escocés John Napier, el primero en desarrollar los logaritmos, desarrolló también un sistema completamente inútil para interpretar los Libros Sagrados.)

Permítanme, por tanto, mostrarme de acuerdo con Kepler. Supongamos que las velocidades de rotación de la Tierra alrededor de su eje, de la revolución de la Luna alrededor de la Tierra y de la revolución del sistema Tierra/Luna alrededor del Sol estuvieran calculadas con el solo propósito de ofrecer al género humano unos bonitos números y un calendario simétrico.

¿Qué es lo que salió mal entonces? No hay duda que Dios sabía lo que se traía entre manos y que no cometería un error por descuido. Si el año tiene más de 360 días, tiene que haber alguna razón para ello; una razón exacta. No habría tal error, sino algo hecho con la

¹ En realidad, creo que se trata de una equivocación. Según las cifras más fiables que dispongo, el número de meses lunares que hay en un año está más cerca de 12.368. Para ser exactos, es de 12.36827. Pero no quiero echar a perder el artículo.

intención de instruir al género humano a la manera ingenua que la mística parece considerar característica de Dios.

Hay $365 \frac{1}{4}$ días al año, así que para que hubiera 360 (el número «correcto»), sobran $5 \frac{1}{4}$ o, en forma decimal, 5,25. Ahora bien, admitirán ustedes que 5,25 es un número interesante, puesto que 25 es el cuadrado de 5.

Razonemos como lo haría un místico. ¿Es posible que 5,25 sea una coincidencia? Por supuesto que no. Tiene que significar algo, y ese algo tiene que estar en la Biblia.

(Después de todo, Dios es el centro alrededor del cual gira la Biblia, del mismo modo que el Sol es el centro alrededor del cual gira la Tierra. Nada más natural entonces que encontrar en la Biblia las razones de las características de la revolución de la Tierra.)

Según la tradición, el Antiguo Testamento está dividido en tres partes: los libros de las Leyes, los libros de los Profetas y las Escrituras. Todos ellos son sagrados y de inspiración divina, pero los libros de la Ley son los más sagrados de todos, y son cinco: Génesis, Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio (agrupados en el Pentateuco).

¿Cuál es la razón, por tanto, que haya cinco días más de los «correctos» 360? Sin ninguna duda, esto es así con el propósito de grabar los cinco libros de la ley en el movimiento mismo de la Tierra. ¿Y por qué hay un cuarto de día más además de estos cinco? Bueno, para que el exceso sobrante no sea simplemente 5, sino 5,25. Al elevar el 5 al cuadrado, destacando de esta forma su importancia, se demuestra que la ley no sólo es sagrada, sino especialmente sagrada.

Por supuesto, hay una pega. La verdad es que el año no tiene exactamente 365,25 días. Le falta un poco para llegar a esta cifra; en realidad, tiene 365, 2422 días. (Para ser más precisos, tiene 365,242197 días, pero creo que nos bastará con 365,2422.)

¿Significa esto que mi idea no tiene fundamento? Si así lo creen, no tienen ni idea de cómo funciona la mentalidad de un místico. La Biblia es un libro tan grande y complejo que es posible dar un significado bíblico a casi cualquier número imaginable. El único límite es el del ingenio del cerebro humano.

Por ejemplo, echemos un vistazo a 365,2422. Hay 5,2422 días sobrantes en relación con el número «correcto» de días, 360. Las cifras decimales pueden dividirse en 24 y 22, y su media es 23. ¿Cuál es, por tanto, el significado del 23?

Ya hemos decidido que 5 representa a los cinco libros de la Ley. Nos quedan los Profetas y las Escrituras. ¿Cuántos libros contienen estas dos partes? La respuesta es 34^2 .

² Al menos según los judíos y los protestantes. La versión católica romana de la Biblia incluye ocho libros más, que aquellos consideran apócrifos.

Esto no parece llevarnos a ninguna parte; pero esperen un momento. Doce de estos libros son obras de los profetas, relativamente cortas: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías y Malaquías. En la antigüedad, por razones prácticas, a menudo se incluían en un solo rollo que era conocido como el Libro de los Doce. Así, en el libro apócrifo del Eclesiastés (que los católicos consideran canónico) el autor, que escribía alrededor del 180 a. C., enumera a los grandes hombres de la historia bíblica. Después de nombrar a los grandes profetas uno por uno, agrupa en un solo bloque a todos los profetas menores (Eclesiastés, 49, 10: «También los DOCE PROFETAS irevivan sus huesos en la tumba!...»)

Ahora bien, si se considera que los doce profetas menores forman un único libro, una práctica con amplios precedentes, ¿cuántos libros hay entonces en los Profetas y las Escrituras según la versión judía y protestante?

Veintitrés, por supuesto.

Por tanto, podemos afirmar que, del número total de días del año (365,2422), 360 días son la cifra «correcta», 5 días representan los libros de la Ley y 0,2422 representa los libros de los Profetas y las Escrituras. De esta forma los días del año se convierten en un monumento al Antiguo Testamento.

Esto nos lleva al número de meses lunares que hay en un año, que son exactamente 12,369, el número que me llamó la atención en primer lugar.

Si los días del año representan el Antiguo Testamento, es evidente que los meses lunares tienen que representar el Nuevo Testamento. Cualquier místico les diría que no hay nada más obvio.

Bien, entonces, ¿cuál podríamos decir que es la diferencia fundamental entre el Antiguo Testamento y el Nuevo?

Podríamos probar lo siguiente: en el Antiguo Testamento, Dios es considerado una entidad única, mientras que en el Nuevo Testamento se revela como una Trinidad. Por consiguiente, si esto es así y si el número de meses lunares del año representa el Nuevo Testamento, ese número ha de tener alguna relación con el número 3.

Y si nos fijamos en 12,369, observamos que es múltiplo de 3. ¡Hurra! Vamos por el buen camino; cualquier idiota se daría cuenta (siempre que sea realmente idiota, claro).

Dividamos entonces 12,369 entre 3: el resultado es 4,123. No cabe duda que este número ha de tener un significado muy importante, ya que está formado por los cuatro primeros números enteros.

¿Y qué relación tienen los cuatro primeros números enteros con el Nuevo Testamento? La respuesta es clara y nos viene en seguida a la mente.

¡Los cuatro Evangelios, por supuesto! Las cuatro biografías distintas de Jesús escritas por Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

Da la casualidad que los Evangelios 1, 2 y 3, los de Mateo, Marcos y Lucas, ofrecen en esencia la misma imagen de Jesús. Hay muchos incidentes, cuya relación aparece en las tres versiones, y la tendencia general de los acontecimientos es casi idéntica. Son los «Evangelios Sinópticos»; la palabra «sinóptico» significa «con un solo ojo». Los Evangelios 1, 2 y 3 ven a Jesús con el mismo OJO, por decirlo así.

El Evangelio número 4, el de Juan, es bastante distinto del resto; de hecho, difiere de éstos en todos los detalles, incluso en los más básicos.

Por tanto, si el número de meses lunares del año representa los Evangelios, ¿no sería correcto reunir los números 1, 2 y 3, y mantener el 4 aparte? ¿Y no es exactamente eso lo que ocurre con el número 4,123?

Si no estaban totalmente seguros antes, ¿admiten ahora que íbamos por el buen camino? Podemos afirmar, por tanto, que del número de meses lunares que hay en un año, 12,369, el 12 representa el Evangelio de Juan (4 veces 3, por la Trinidad) y 0,369 representa los Evangelios Sinópticos (123 veces 3).

Pero, ¿por qué el cuarto Evangelio está en primer lugar? ¿Por qué la tercera parte del número de meses lunares que hay en un año es 4,123 en lugar de 123,4?

Se trata de una buena pregunta, perfectamente admisible, y tengo la respuesta. Si el hecho central del Nuevo Testamento es la Trinidad, habrá que preguntarse cómo es abordado este tema en los distintos Evangelios.

La primera prueba de la existencia simultánea de los tres aspectos de Dios es lo que ocurrió cuando Jesús fue bautizado por Juan el Bautista (que, por supuesto, no es el Juan que escribió el cuarto Evangelio). así es descrito el incidente en Marcos, el Evangelio más antiguo:

Marcos, 1, 10: *«Y enseguida, mientras salía del agua, vio rasgarse el cielo y al Espíritu bajar hasta él como una paloma.»*

Marcos, 1,11: *«Se oyó una voz del cielo que dijo: Tú eres mi Hijo, a quien yo quiero, mi predilecto.»*

Aquí están presentes al mismo tiempo el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pero no hay nada en este relato que nos lleve a pensar que esta manifestación fuera evidente para nadie que no fueran los miembros de la Trinidad. No hay nada que nos haga suponer, por ejemplo (ateniéndonos únicamente a Marcos), que Juan el Bautista, que estaba presente, se diera cuenta también del descenso del Espíritu o que oyera la voz que venía del cielo.

En Mateo. 3, 16-17, y en Lucas, 3, 22, aparecen versiones muy parecidas de este relato. En ninguno de los dos se afirma que alguien se diera cuenta de lo que estaba ocurriendo.

Pero en el Evangelio de Juan, el cuarto, es Juan el Bautista el que relata el descendimiento del Espíritu.

Juan, 1, 32: «*Juan declaró además: He visto al Espíritu bajar del cielo como una paloma y posarse sobre él.*»

Como en el Evangelio 4 se describe la primera manifestación de la Trinidad como algo claramente visible a los ojos del hombre, lo que no ocurre en los Evangelios 1, 2 y 3, es evidente que el número tiene que ser 4,123 y no 123.4.

¿Qué más se puede pedir?

Ahora me gustaría insistir sobre algo que espero que todo el mundo haya comprendido con claridad. Lo único que he hecho ha sido jugar con los números. Lo que he expuesto aquí relativo a los días y meses del año es invención mía, y lo digo tan en serio como dije en su día el chiste sobre la cualidad alfabética de Abou ben Adhem.

Y, sin embargo, no me sorprendería en absoluto descubrir que algunas personas sienten la tentación de pensar que todas estas tonterías tienen algo de cierto. Puede que se digan que he tropezado accidentalmente con una gran verdad sin saberlo, incluso cuando pensaba que no estaba haciendo más que jugar.

Y supongo que algunas personas (posiblemente incluso las mismas) dirán: «Eh, apuesto a que el nombre de Abou ben Adhem llevó a todo lo demás porque la lista estaba en orden alfabético.»

Nota

Como estoy interesado en la Biblia y en los números, y también en las teorías de los chiflados (hasta cierto punto), he leído algunos artículos y libros en los que se interpreta la Biblia de mil formas diferentes mediante una notablemente ingeniosa utilización de los números.

Siempre les digo a aquellos que se sienten impresionados por estas cosas que, si se tiene tiempo para pensar, una concatenación de números adecuada y cualquier texto lo bastante complejo, es posible probar cualquier cosa. (Deberían intentar seguir los razonamientos matemáticos de aquellos que creen que las obras de Shakespeare son un vasto criptograma en el que se demuestra que el verdadero autor de éstas fue otra persona. No me cabe ninguna duda que se quedarían asombrados, siempre que no se les derritiera antes el cerebro.)

En cualquier caso, siempre he creído que, con un poco de tiempo, yo sería capaz de inventarme una tontería tan grande como cualquiera de las obtenidas tras penosos esfuerzos por los pobres bobos que se toman en serio estas cosas. La última parte de este artículo es un ejemplo de ello.